

LAS DEVALUACIONES DE LA MONEDA

Entre los varios indicios que revelan la relativa prosperidad de que actualmente goza nuestra Patria, no es uno de los menos claros el del alto valor de la moneda.

Y tanto o más que el valor del bolívar, llama la atención su bien cimentada estabilidad internacional.

Pasan los años y el cambio de 3,35 bolívares por dólar se mantiene inconvencible.

Es más de admirar esta permanencia, cuando se la compara con los vaivenes y merma de valor -devaluación- que han estado sujetas tantas divisas europeas o americanas.

No hace mucho tiempo, en un suelto del mes de mayo en "El Universal", José Vasconcelos, publicista mejicano, estudiaba "Las devaluaciones de la Moneda" con especial referencia a los países Centro y Suramericanos. Y se lamentaba de "...que este problema fundamental del cambio no haya sido motivo de más estudios y ponencias en las recientes conferencias económicas de nuestro Continente".

Vamos, pues, a aportar nuestro granito de arena a la solución de este problema. A la vez que, tejiendo un comentario, corregimos y completamos las ideas de Vasconcelos.

Comencemos por presentar el panorama que ofrecen nuestros países, dividiéndolos en tres categorías.

Países de moneda equivalente al dólar: Cuba, Guatemala, Panamá, República Dominicana, 100 pesos o balboas, etc., corresponden poco más o menos a 100 dólares.

Países de moneda relativamente alta: Venezuela, Colombia, Uruguay, San Salvador, cuyos cambios oscilan entre 25 y

35 dólares por 100 unidades de las monedas respectivas.

Países, en fin, cuya equivalencia con el dólar es "catastrófica": Méjico no obtiene por 100 pesos sino 8 dólares; Argentina, en el mercado libre oficial hasta 7,24, pero en el paralelo tan sólo 3,47; Brasil, menos todavía, 1,40 y 1,22; por último Chile que necesita pagar 370 pesos para conseguir un dólar.

Hemos hecho esta presentación, siguiendo las indicaciones de Vasconcelos. Pero quisiéramos advertir inmediatamente al lector del engaño en que puede incurrir al pensar, según ella, que el valor o solidez de la moneda nacional se mide por la pura equivalencia numérica de las unidades monetarias requeridas para obtener un dólar u otra moneda internacional de referencia.

Así, muchos se equivocan pensando que la moneda inglesa es más fuerte que la norteamericana, o que el peso cubano le es igual, porque para comprar una libra hay que conseguir casi tres dólares, o basta con dar un peso para conseguir un dólar.

El error estriba en considerar como fundamental la cifra o número total de unidades monetarias emitidas por las autoridades de un país. Cuando absolutamente hablando esa cifra importa bien poco.

Si mediante un decreto-ley se empenara un Gobierno en añadir un cero más al número estampado en cada uno de los billetes o monedas en circulación, las cosas habrían quedado tranquilamente en su punto, pues habría sido exactamente proporcional la modificación experimentada por todos los detentores de dinero. A la vez que a todos los billetes, hubiera habido que añadir un cero a todas las nóminas de sueldos y salarios. Y bien poco tiempo habría sido necesario para que los comerciantes agregaran también el mágico cero en los cartelitos anunciadores de los precios.

Inversamente, quizás ganaron mucho algunos Gobiernos, como los de Francia, Italia o Chile, por ejemplo, en suprimir un par de ceros en todos sus billetes. ¡Son casi astronómicas las cifras que en esos países hay que manejar para contar sus haberes! ¿No ahorrarían algunos gastos burocráticos al asentar las partidas de sus balances en millones o miles, en lugar de tener que hacerlo por billones?

Pero en ambos casos, ora se añadiera un cero, ora se amputaran dos en la cifra impresa de los billetes, el poder global de compra de la nación permanecería in-

variable. Únicamente habría sido dividido por diez, o multiplicado por cien, el valor real del signo monetario unidad.

Si antes —en el primer caso— con un peso se obtenía un pan, o digamos un dólar, ahora habría que pagar diez. Pero también resultaría igualmente fácil ganar ahora diez que antes uno!

Y si en el segundo caso, había numéricamente menos pesos, francos o libras en circulación, también sería verdad que bastaría ahora con dar 3,70 pesos chilenos para comprar un dólar, cuando antes había que pagar 370.

Quede, pues, bien sentado que el mero nivel absoluto de signos monetarios emitidos —y por lo mismo la pura equivalencia numérica de una moneda con otra— es indiferente. Aquel no influye en el poder global al nivel inalterado de bienes y servicios, mediante una variación nominal de los precios.

¿Cuáles son, pues, los factores decisivos en el valor de la divisa, sobre todo internacionalmente comparada?

“Es curioso observar —prosigue Vasconcelos— que la relación entre el cambio y la riqueza potencial de las naciones americanas no es equivalente. Naciones pobres tienen monedas de alto valor, en tanto que países más ricos, Brasil y Argentina, padecen cambios monetarios que no corresponden a sus potencialidades económicas”.

Un poco nos extraña el asombro del autor. No vemos razón para medir el valor actual de una moneda con la riqueza potencial de la nación. Poco importaría que el subsuelo fuera rico, el llano o la pampa feraz, la selva virgen y productiva, si la población —siendo escasa o perezosa— no explotaba con ardor sus recursos, no convertía en realidad y riqueza actual sus potencialidades económicas.

Pero demos por supuesto que en los casos enumerados, o en otros parecidos, como los de Chile y Bolivia, la riqueza potencial se haya ya transformado en toneladas de mineral de cobre o estaño, en kilos de maíz o de trigo, en sacos de café, o en becerros bien cebados, etc.

¿Cómo explicar entonces las devaluaciones, las pérdidas de valor, sufridas por las monedas de los referidos países?

Nuestro autor dirige con acierto su mirada hacia “los errores administrativos de los Gobiernos...; el cambio argentino se vino abajo... por el increíble despilfarro que se produjo durante

el primer período del Gobierno del General Perón”. Que el cruceiro brasileño valga apenas cinco centavos de dólar, “se explica por los derroches de la Administración del Presidente Vargas y la corrupción política que en los últimos años ha padecido el país”.

Y el autor, como mejicano, se explica a su sabor en narrar los avatares del peso, atribuyéndolos a la torpeza y corrupción de las Administraciones que en “continuidad de complicidad” se han sucedido desde los tiempos de Calles hasta nuestros días.

Gran razón tiene Vasconcelos al denunciar esta causa primerísima de la mayor parte de las devaluaciones monetarias que en los últimos tiempos venimos conociendo.

Desde que la moneda fiduciaria —el papel no respaldado por las reservas oro— hizo su aparición en el escenario económico, por hacer honor a su nombre, quedó a merced de la confianza que los gobiernos merecieran. Son ellos en efecto los últimos responsables del volumen de la circulación. Pero la confianza se gana con hechos, más que con palabras o buenas intenciones. Y ¿en qué se apoyará la moneda, cuando hasta las intenciones sean torcidas?

Por más que los economistas teóricos proclamaran que los Bancos Nacionales debían operar como Cajeros y no como Banqueros del Estado, lo cierto es que cada día fué mayor el dominio de los Gobiernos sobre el Banco Central, y más a más frecuentes los créditos públicos que de él recabaron.

Frente a la insaciable avidez de los Departamentos Ministeriales, el titular de Hacienda se encontró siempre escaso de recursos, y los Consejos de Ministros se mostraron demasiado débiles. ¡Es tan difícil hacer economías con el dinero de todos! Lo cierto es que no bastando con las asignaciones del Presupuesto Ordinario, se hizo cosa ordinaria el votar Presupuestos Extraordinarios. De los déficit parciales se pasó al crédito adicional, hasta desembocar en el desequilibrio financiero y en la reiterada emisión de moneda fiduciaria.

El escándalo surge, cuando las sumas que de esa manera subrepticia el Estado crea y se apropia, son mal empleadas. Cuando en su distribución imperan criterios políticos o de pura propaganda, más que exigencias de orden económico o motivos de interés nacional. ¡Aquí de lo torcido de algunas intenciones!

Entonces, sí, se da fatalmente en el círculo vicioso, o mejor, en la espiral inflacionista incoercible. Los apremios

monetarios del Gobierno hacen girar la manivela de las prensas y el Banco le proporciona billetes nuevecitos. Como ha sido tan fácil conseguirlos, son más "generosamente" prodigados. Al difundirse en la circulación, y en abundancia, ponen en marcha el mecanismo de los precios. Suben éstos, y forzosamente, aunque con algún retraso, subirán también los sueldos y salarios. Subida de precios, de sueldos y salarios, que encarece las contrataciones del Estado y vuelve a replantear a éste los mismos problemas monetarios.

El lector tendrá sumo cuidado en reflexionar en la acusada diferencia que media entre este aumento sucesivo de la circulación, nacido a impulsos de las dificultades pecunarias del Estado, y aquel otro hipotético que al principio imaginábamos, cuando por un decreto el Gobierno instantáneamente centuplicaba el caudal puesto en circulación, y dividía por cien el valor real del signo monetario unidad.

Entonces, la medida era, o podíamos suponerla, refleja. No acarrea consecuencias lamentables, por implicar una modificación exactamente proporcional para todos los detentores de dinero. En tal caso —aunque el volumen de la producción permaneciera invariable y no se expansionara a una con el de la moneda— la consiguiente subida nominal de los precios aparecía como inocua.

No sucede lo mismo ahora. El Gobierno obra por imposición de sus desaciertos o mala administración. El ritmo de producción será lento, y el de la emisión fiduciaria rápido. Lo que desarticulará el sistema de precios.

Se podrá hacer frente a los primeros apremios con la adquisición de los billetes nuevamente emitidos. Pero estos son inmediatamente desembolsados para el pago de los acreedores, que están muy lejos de ser todos los ciudadanos, ni todos en proporción de sus haberes precedentes. De ahí que el caudal monetario se difunda con desigualdad, y consiguientemente la subida de precios pese con notable diferencia sobre las diversas categorías sociales. El desequilibrio puede ser de una injusticia notoria y flagrante.

Cierto, que mejoran la posición los productores, todos aquellos que tienen algo que ofrecer a cambio de dinero. Y esto podría estimular una producción, y aun hacer ver que en muy determinados casos una inflación moderada no sería perjudicial.

Pero también es verdad, que generalmente, y más tratándose de la inflación incoercible que al presente exami-

namos, salen ganando los deudores y perdiendo todos los acreedores. Prestaron éstos su dinero cuando valía algo, y lo reciben ahora que vale menos.

Los poseedores de rentas fijas, los asalariados, cuya remuneración sigue de lejos los precios, ven con espanto la elevación del costo de la vida.

No hay, por otro lado, medida como la inflación continuada para minar en su base el espíritu de ahorro. ¿Para qué guardar su dinero, si el día de mañana ha de valer efectivamente la mitad que hoy?

Y ¿a qué quedan reducidas todas las reformas sociales hoy día propugnadas: seguros de invalidez por accidentes de trabajo, pensiones de retiro obrero, si las prestaciones fueron calculadas según la tarifa de sueldos y salarios en su día devengados, y luego la inflación se encargó de aminorar su poder adquisitivo?

En fin, pocas maneras hay más finas de llevar a cabo una expropiación forzosa, que la de indemnizar al propietario con sumas de dinero nuevecito al que la inflación va royendo su más íntima sustancia.

Con ello, nadie se extrañará que tales aventuras o desventuras económicas provoquen reflejos de índole política y social. No será necesario evocar acontecimientos recientes de la historia brasileña o argentina. . .!

Por algo clamaba Lenin: "Si queréis acabar con una nación burguesa, haced que se desboque el caballo de su moneda".

Examinemos —además de esos desajustes internos— los efectos de la inflación en el campo del comercio exterior y del valor internacional de la divisa.

Hemos indicado que el proceso monetario acumulativo incrementa demasiado fácilmente la fortuna de categorías determinadas de personas. Es natural que sintiéndose más ricos quieren gastar su dinero en compras al extranjero, pues la inflación forzó los precios nacionales muy por encima del nivel general que la competencia impone en los mercados exteriores. Fenómeno este, que a la vez que estimula la importación, frena las exportaciones, y conduce irremisiblemente al déficit de la balanza comercial. El déficit mantiene elevada la demanda de divisas extranjeras, encareciendo su precio, es decir, elevando el curso del cambio, o lo que es lo mismo, despreciando la moneda nacional.

En semejante coyuntura quedan abier-

tos dos caminos a cual más tortuoso: La reglamentación del comercio exterior, o la devaluación de la divisa.

La reglamentación del comercio, con el papeleo administrativo de licencias y cupos importables, tan propicio a la corrupción y al favoritismo, y el control de la divisa, con el establecimiento de múltiples cambios diferenciales y la aparición del mercado negro de las mismas.

En fin, la devaluación de la moneda, consagración legal de su ruina. Que si era inevitable y se ha estudiado con cuidado el porcentaje requerido por el desnivel de precios interiores y exteriores, o la dirección de las corrientes comerciales, puede suponer un nuevo y buen punto de partida. Pero es lo malo, que en muchos casos, cuando se recurre al supremo arbitrio de la devaluación, no se toman al mismo tiempo las medidas represivas de los brotes inflacionistas que la hicieron necesaria.

Y así, cada Ministro de Hacienda, al fin de su mandato, deja el Tesoro Nacional "no sólo exhausto, sino preparado para no poder resistir el siguiente golpe inevitable a su estabilidad: la desvalorización número tres o cuatro, y así sucesivamente. ¿Hasta cuándo?"

Quedan aclaradas, con este comentario, algunas nociones fundamentales. Al mismo tiempo hemos puesto de relieve una de las causas más influyentes en la inflación y en las devaluaciones monetarias de ella derivadas.

Sin embargo, —como del asilo de aliñados decía el loco: "Ni son todos los que están, ni están todos los que son"— también debemos añadir nosotros: "Países hay bien gobernados, que se vieron inducidos a devaluar, y otros sin embargo con malísima administración que no lo hicieron".

"Chile —nos ilustra el propio Vasconcelos— padece el más catastrófico de todos los sistemas monetarios actuales, y Chile, por lo menos en relación con el resto del Continente, es un país bien gobernado.

No será necesario especificar ningún país de peor administración, y cuya divisa sin embargo, se haya mantenido. El nuestro al menos conoció tan paradójica situación durante el Gobierno azaroso de Acción Democrática.

Razones, más íntimas todavía, tiene que haber para explicar este secreto.

Veremos de exponerlas y comentarlas en un próximo artículo.

MANUEL PERNAUT, S. J.

